

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8179

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NUMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 11 de Febrero de 1889

CANTARES

Para billetes Inglaterra
Y para esencias el moro,
Para chocolate, EL BARCO
Que gana medallas de oro.
Si hablas de té y calés
Mira no me des la pala
que los que elabora EL BARCO
Tienen medalla de plata.

Los café empacuetados y tes de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de plata en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la única medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

ROMPECABEZAS COLON

De venta en la tienda «La Estrella de Oro», Cuatro Santos, 25 y 27.

A 15 céntimos.

La China

CENTRO DE NOVEDADES

Villas y Sánchez
Molina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento
de bonificación en las compras que
excedan de 25 pesetas

Lanas inglesas para caballero

CONFECCIONES

Terciopelos

LA SEMANA ANTERIOR

Maldito si merece la semana pasada que nadie se ocupe de ella. Y sin embargo, no hay sido pocas las acontecimientos ocurridos durante su transcurso. Demasiados largo presente, pero ni uno solo, al trascribirlo al papel, producirá regocijo.

Todo lo contrario. Los robos han sido el punto saliente de la semana, y ya ven ustedes que la cosa cada tiene de agradable.

Una señora sale de su casa, se dirige a la iglesia a cumplir con un deber de todo cristiano, y durante su ausencia, toman por asalto en su tienda unos caballeros y trasladando a ella a otro sitio, todo aquello que les da la gana.

Vuelve la señora... y tablean. ¡Entonces es ella! Los guardias por un lado, los señores por otro, todos los que tienen algo de autoridad, redoblan el celo, se agitan y prenden a tres ó cuatro sospechosos.

Es decir, si suponiendo que sean ellos los cogidos, se amanteran, pero las cantidades robadas...

Y gracias a que ciertas autoridades vienen demostrando muchísima actividad en estos días, que si no ocurriera así, ni pararía el robo ni los ladrones.

Cuando ustedes mucho de no dejar la casa sola, y esto es el mejor remedio para evitar hechos de semejante índole.

Los jóvenes estudiantes de la Universidad de Valencia, van á hacernos una visita.

Formarán una estudiantina y recorrerán varias ciudades; entre ellas la nuestra.

Esta noticia ha llegado á conocimiento de algunos individuos de esta población, y no han querido que aquellos sean los primeros en recorrer estas calles.

Al efecto, se anticiparon y ya van un par de domingos, que, acompañados de brillantes bandas de música transitan por la ciudad, vistiendo elegantemente y pidiendo dinero.

Las estudiantinas—que así se entienden por mal nombre á esas comparsas—se echan á la calle á las diez de la mañana del día de fiesta, y se retiran cuando ya todo el pueblo duerme tranquilamente. Para los que las componen, los domingos son viernes de cuaresma. Por no dejar de andar por ahí, ni aun comen, que es cuanto puede decirse.

En cambio, por la noche, disfrutan de una cena opípara, costeada por la población en masa.

Y la verdad es que deben cenar con apetito. ¡Soplan tanto!

Las procesiones del Viernes Santo han ocupado la atención de los Marrajos estos últimos días.

En el espíritu de todos está que estas fiestas religiosas atraen numerosos forasteros á la población, y que con su estancia aquí dejan un contingente que no debe desaprovecharse.

Sabido es que este contingente lo recojen en primer término los gremios de la Industria cartagenera, y natural parecía á los Marrajos, que aquellos señores ayudaran de un modo directo y verdadero, para la realización de las referidas procesiones, que cada año exigen más gastos si han de estar á la altura de la época.

Los lectores de El Eco saben que los síndicos de los gremios fueron invitados á celebrar juntas con los Marrajos; que se les expusieron los deseos de la cofradía, y por último que accedieron á ocuparse del asunto con sus compañeros de industria.

Hoy, con sentimiento inmenso por parte mía, procesionista, en primer lugar y marrajo en segundo, declaro que mis compañeros se quedan en casa. Es decir, que este año no hay procesiones del Viernes Santo, y que no las hay, porque entre los industriales de la población que han acudido al llamamiento que les hiciera la hermandad de N. P. Jesús Nazareno, solamente ha podido reunirse la cantidad de quinientas y pico de pesetas. (El pico, como ustedes comprenden, está en perfecta relación con la cifra trascrita.)

Mentira parece, que esto sea así, pero ciertos cantan. De no haberlas leído yo, pondría en duda lo que deo dicho; pero puedo asegurar á ustedes que es tan cierto, como que no han sabido lo que se han hecho. ¡Ya lo sentirán cuando no haya remedio!

Los Californios parece que están animados para hacer su procesión del miércoles, pero si ellos no tienen más fortuna que los de enfrente, me figuro que ha de servirles de poco la animación.

Celebraría equivocarse, siquiera por poder oír la marcha de los judíos.

J.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

Viendo en el monte mi agravio
Rabio.

Pensar que á Ramón adoro
Lloro.

Si tomo té con exceso, pierdo el
Seso.

No soy dichosa, confieso,
Si no vuelvo yo á la era

Donde al recibir un beso
Se me cayó la montera.

Por la sociedad X.

S. V.

Charada.

Mi primera es una nota,
mi tertia también lo es
y mi martin lanza un todo,
si viene á mi prima tres.

H.

La solución en el número próximo.

DOCE HORAS DE VIDA.

(CUENTO.)

Eres digno de lástima!—dijo el doctor, mirando fijamente á Pedro.

Este se estremeció. Había ido á pasar alegremente la velada con el Dr. Acedos, ilustre hombre de ciencia, cuyos trabajos é indignaciones analíticas sobre las sustancias tóxicas eran conocidos en los principales centros científicos de Europa, y cuya nobleza de alma y bondad casi paternal pocos apreciaban tanto como el joven Pedro, y de aquí que de repente, sin preámbulos, salía de sus labios aquel aterrador pronóstico: «¡Eres digno de lástima!»

—¡Desgraciado muchacho!—añadió el doctor—¿pero qué has hecho? ¿has querido suicidarte?

—¡Ni por pienso, doctor! Y no sé que haya hecho algo que merezca esa tremenda sentencia.

—¡Buscas en tus recuerdos! ¿Has comido, bebido, aspirado alguna sustancia tóxica?

La última parte de esta pregunta fue un rayo de luz para Pedro: en la mañana de aquel día, precisamente, recibió una carta de cierto amigo de colegio que viajaba como *tourist* por la India, y dentro de la carta una flor cogida en las orillas del Ganges, una flor roja de extraña forma y de perfume penetrante que había aspirado repetidas veces el antojadizo Pedro.

Este sacó la cartera y extrajo de ella la carta y la flor, que entregó al hombre de ciencia.

—¡No hay duda!—exclamó el doctor.—¡Es la *Pyramonia Indica*, la flor de la sangre, la flor mortal!

—Pero si me no es posible, doctor: solo tengo veinticuatro años y estoy lleno de vida y de salud.

—¿A qué hora has recibido la carta y aspirado el perfume de la flor?

—Esta mañana á las nueve.

—Pues oye, Pedro: mañana á la misma hora sentirás un fuerte dolor en el corazón, y... ¡todo va acabará! Son las nueve de la noche—añadió mirando al reloj—y te quedan doce horas de vida.

—Pero doctor, por Dios—gimió Pedro alarmado seriamente—¿no conoce usted ningún remedio contra ese veneno, ningún antidoto?

—No, ninguno; ¡no le hay!—exclamó el doctor con desaliento, apoyando su cabeza en las manos.

Y Pedro, al ver la resolución de su viejo amigo, llegó á creer que, efectivamente, estaba condenado á muerte: aunque no sentía en su cuerpo novedad de ninguna clase, y salió de la casa como un loco.

II.

Andaba, andaba el pobre joven por las calles casi desiertas, maquinalmente con tropel de pensamientos en la cabeza y las sienes bañadas en sudor frío, y fue á parar, hacia las dos de la madrugada, á la puerta de un café, que aun estaba bastante concurrido.

—Pues señor—dijo el hombre, tomando filosóficamente su partido—si mañana, es decir, hoy mismo, á las nueve, he de liquidar, sólo me quedan ya seis horas de vida... Pues aprovechalas, Pedro: entra ahí tomas unas copitas de Jerez, pides tintero y papel, y haces testamento.

Como lo dijo lo hizo.

—¿A quién dejaré mi fortuna? Soy huérfano y no tengo parientes próximos, y la verdad es que mi renta anual de siete mil pesetas no es un grano de anís. Nada, nada: legaré mis bienes á Juanita, á mi prima Juanita, y que habien los otros primos.

Juanita era una prima de Pedro; muchacha de veinte años, rubia, con grandes ojos negros, hermosa, celosa, y esta igualdad en la desgracia había creado entre ambos, desde su edad más tierna, secreta simpatía.

—¡Pobre Juanita!—pensaba.—Ese buraño tutor que le ha dado la ley ha prometido la mano de mi prima al comandante D. Lesmes, rico, brutal, fiero de cuartel, á quien ella detesta... Si, lo detesta, porque ama á otro, y no se atreve á confesarlo. ¿Quién será ese afortunado mortal? Sea quien fuere, si le ha elegido su corazón, si le ama, apuesto doble contra sencillo á que es digno de su amor.

¡Ah! ¡he ahí la mujer que yo necesitaba! Pero buenas noches, prima, si dentro de seis horas me largo al paraiso... ¡Es una infamia que hoy no existan caballeros andantes, redentores de las damas esclavizadas, oprimidas por un tutor codicioso! ¿Y por qué no he de ser yo mismo el caballero de Juanita? ¡Dicho y hecho: mañana sin falta la redimiré... ¡Qué mañana, ni qué niño muerto, si me quedan seis horas de vida! Hoy mismo, ahora mismo voy á casa de su tutor, y nos veremos las caras ¡andando!

Pagó el gasto, metióse el testamento en el bolsillo, salió del café, y echó á correr hacia la casa del tutor de Juanita.

Eran las tres de la mañana cuando Pedro pegaba fuertes aldabonazos en la puerta, porque el sereno de la calle estaba celosamente vigilando en una taberna.

—¿Dónde es el fuego?—preguntó el tutor de Juanita, asomándose á una ventana.

—Abra usted, y hablaremos—contestó Pedro.

—¿A esta hora, mi rayos?

—Todas las horas son buenas para comunicarme una noticia importante.

—¿Ahí voy, hombre.

Y pocos momentos después, el animoso Pedro decía al tutor:

—La noticia es ésta: exijo que renuncie usted á casar á mi prima Juana con el comandante D. Lesmes.

—¿Que dices, Pedro? ¿estás loco? ¿estás ebrio?

—Ni lo uno, ni lo otro, y repito que es